

HISTORIAS ECONÓMICAS

Los mineros del jaboncillo de Somontín

Hubo un tiempo en que en las minas de talco de Las Estancias laboraban más de 300 jornaleros y la producción de este cotizado mineral alcanzaba casi de la mitad del consumo nacional

MANUEL LEÓN
REDACCIÓN

Picaban como cosacos, rodilla en tierra, la piedra noble del talco. Con la petaca de tabaco por compañera y un pañuelo de franela liado en la cabeza para detener el chorreo del sudor, centenares de somontineros se afanaban, a los pies de la Sierra de las Estancias, en extraer mineral para la industria jabonera.

No había otro talco que se le igualara en España. Se arrancaba blanco -más apreciado- y moreno y en los felices años 40 y 50, cuando la sierra bullía de mineros y de arrieros con reatas de asnos cargados con serones de pedrusco para moler, Somontín, un diminuto pueblo almeriense, producía 7.000 toneladas de talco, casi la mitad de lo que consumía la España de la autarquía.

Antonio Azor, Juan Vicente, Juan Rueda, Joaquín Oliver, Antonio *El Cañete*, Juan Antonio Marín, Juan Oliver, Antonio Resina o Antonio Acosta, fueron algunos de los últimos mineros que

Los domingos, los mineros se afeitaban y jugaban a la brisca o a pelota en el frontón

subieron a la sierra a sacar el talco, herederos de una estirpe de canteros que se hundió en la noche de los tiempos. A mediados del XIX, Madoz ya narra en su diccionario geográfico "la noble actividad minera que se genera en esta antigua villa de señorío".

Lo recuerda Antonio Acosta, a sus 76 años: "nos levantábamos temprano, echábamos el capazo y subíamos para arriba, a las minas del Taritatrón, del Cerro Venerito o la de la Cruz, cuanto más jaboncillo sacábamos, más ganábamos".

El coto minero, apelado San Sebastián como el patrón del pueblo, tenía unas 100 hectáreas propiedad del Ayuntamiento, quien arrendaba las demarcaciones y cobraba un canon por la extracción. Los mineros arrancaban la piedra de los filones, la depositaban en montones y se la vendían, en la misma bocanina, a las compañías mineras que pagaban el transporte hasta las fábricas



■ Ramón Pintao, Manuel Faustina y Bernabé Cañabate mineros y emigrantes somontineros, de principios de siglo.

HISTORIAS DE SUPERVIVENCIA

Pueblo de emigrantes que volvían con *Chévrolet* y perras para un cortijo

■ Somontín fue siempre tierra de emigrantes. La lista de embarque de vapores como *El Montevideo*, *El Mongolia* o *La Bourdonnais* así lo detallan. Gente dura, padres de familia que no tenían remilgos en hacer el petate para irse a amagar el lomo a Norteamérica sobre todo - y volver con algunos duros ahorra-

dos para comprar una finca y un cortijo. Así lo hicieron algunos legendarios somontineros -con distinta suerte- como El tío Nano, Antonio Cañabate, el tío Panbueno, El Chumbelete o Fernando Mollina, que se trajo un *Chévrolet* americano que causó sensación en el municipio. Fueron emigrantes forzosos a Esta-

dos Unidos, donde trabajaron en carreteras y en pavimentar esas ciudades americanas que empezaban a llenarse de rascacielos. También se embarcaban rumbo a Argentina, a México o a Brasil Y siguieron haciéndolo, después de que se agotara el talco en los años 60, a Francia, a Cataluña y a Alemania. El pueblo, que llegó a superar los 1.600 habitantes, cuanta ahora con poco más de 600, pero goza de la dicha de sumar descendientes de somontineros esparcidos como semillas por los cinco continentes.

establecidas junto a la Estación de Purchena, donde se molía el jaboncillo y se embarcaba a través de los puertos de Águilas o de Garrucha.

La compañía más emblemática que ese estableció fue Echevarría y Acosta, que contaba con molino de agua desde 1924. También operaba Fabrica Española de Talco y después de la Guerra aparecieron otros industriales como José Rubio y José Oliver.

El jaboncillo, que era muy apreciado también para sastrería, consiguió frenar la hemorragia de la emigración a América de principios de siglo, que amenazaba con vaciar el pueblo y perder municipalidad. Quien encontraba una buena veta, tenía el pan asegurado para su familia durante muchos meses. Había una competencia feroz entre los picadores, y se procuraba, aunque no se conseguía, guardar el secreto del descubrimiento de un rico filón. Cuando eso ocurría, corría el aguardiente en las tabernas del pueblo. Los hombre

La inundación de los filones provocó el cierre de las minas y el fin de la actividad

trabajaban horas y horas, alimentándose con una sera de higos o un chusco de pan y longaniza, prendiendo fuego con la yesca a algún cigarro liado, hasta la puesta de sol, inclinada la testuz en agujeros que cada vez eran más profundos, hasta conseguir amontonar un buen rollo de mineral para vender.

Hasta que llegaba el domingo en que se bañaban, se afeitaban y se iban a la taberna a beber vino y jugar a la brisca; o aparecían por el frontón a jugar a pelota (el deporte nacional de Somontín hasta hace unas décadas). Con gorra calada y guantes, destacaron en la pista míticos jugadores como *El Albañil*, *El Perdí* o *El Chimeneas*.

Las minas se fueron llenando de agua y ya no servían los malacates. Las cuadrillas fueron abandonando la sierra y una buena mañana de 1984, Antonio *El Cañete* colgó el pico y la pala. Fue el último minero de Somontín.